

Rojas y Rodríguez

Víctor Pliego

EL FLAMENCO es un arte vivo, capaz de adaptarse a cada época sin perder su personalidad. En el baile no hay una discusión entre innovación y tradición tan arrebatada como la que suele establecerse en torno a la música flamenca, porque la danza se reinventa a sí misma en cada instante. El trabajo de Ángel Rojas y Carlos Rodríguez al frente de su compañía, el Nuevo Ballet Español, es buen ejemplo de esto. Son dos artistas actuales que enlazan con la extraordinaria tradición flamenca y descubren nuevos caminos. Ambos bailarines han desarrollado una fulgurante carrera como solistas, empresarios y coreógrafos. Han creado un estilo propio que combina juventud y madurez. Su último espectáculo, *Sangre*, tiene mucha clase, tiene ritmo, variedad y nervio. Las coreografías de conjunto se alternan con distintos solos de Rojas y Rodríguez, que son unos extraordinarios bailarines, llenos de arrojo. Destacan sus fieros zapateos y sus dúos, donde los dos hombres se enfrentan en una sorprendente e inusual dialéctica. Ocho músicos sirven la música en directo, con arreglos actuales y un sonido bien calibrado. Hay variedad y mezcla de palos flamencos.

Al cante, a la percusión y al toque de las guitarras se suman violín, violonchelo y flauta. Los músicos tocan incluso a ciegas, pues en varios momentos el escenario queda a oscuras. Es un sacrificio justificado en favor de una estética muy cuidada. La iluminación de David Pérez es formidable y crea ambientes seductores, en un espacio oscuro, casi vacío, con sombras y humo. También destaca el vestuario de Lomba, Soler y Rodríguez. El público de Madrid recibió con entusiasmo este espectáculo y ovacionó a los dos protagonistas como se merecen.